

Nº 46
16 Febrero
1927

EXTRAORDINARIAS

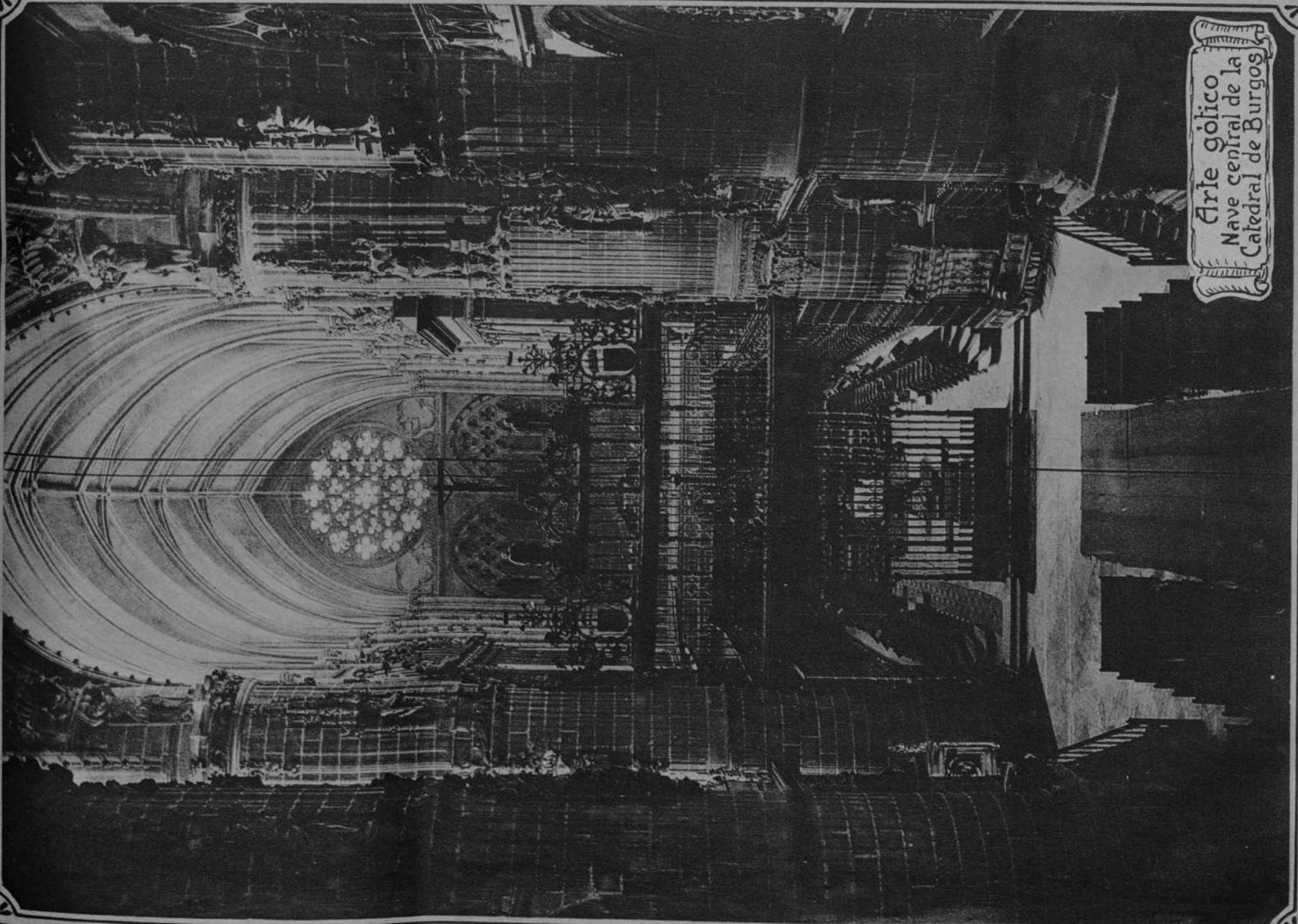
PÁGINAS

DE
El Día Gráfico.

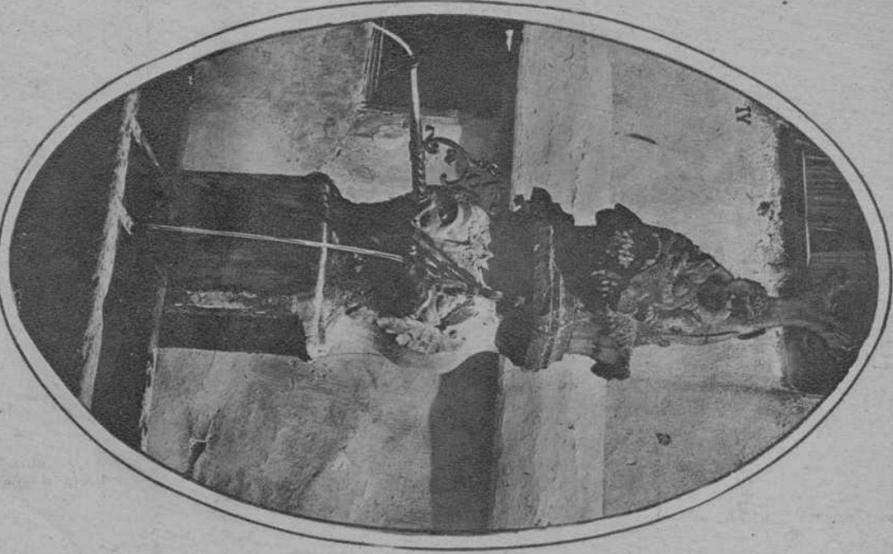
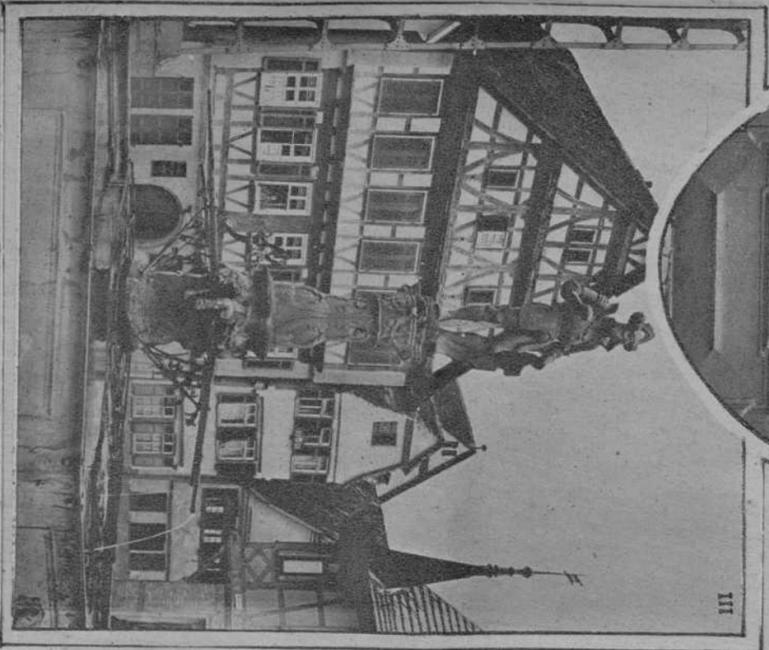
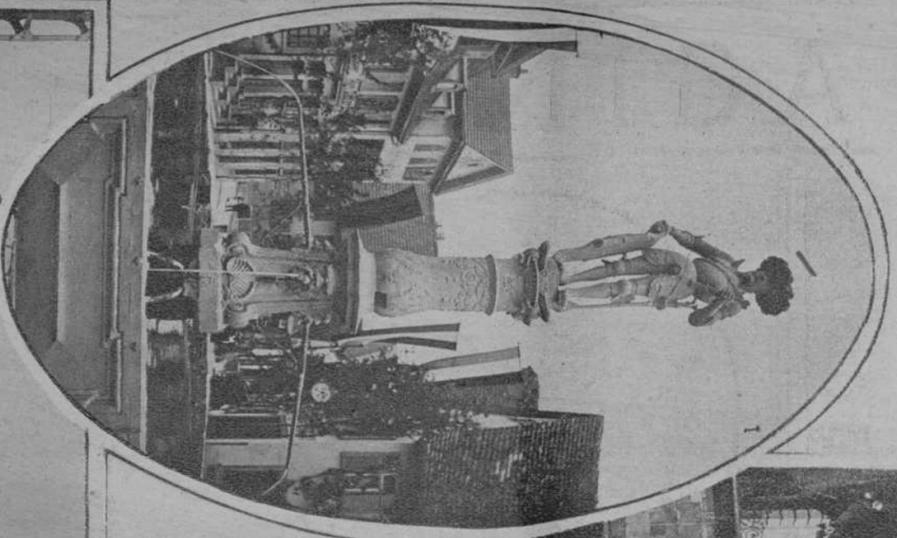
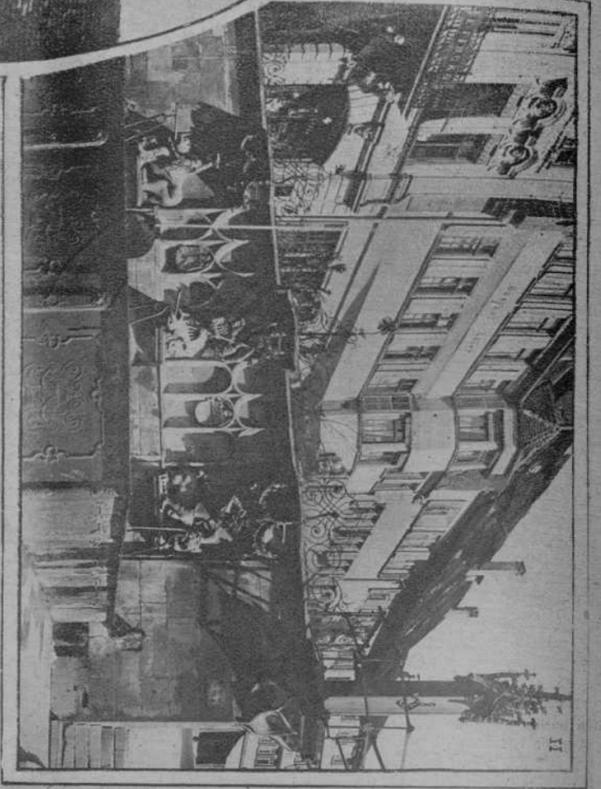
*Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
"Carlos V a caballo"
(fragmento) por Tiziano
Museo del Prado*



Arte gótico
Nave central de la
Catedral de Burgos

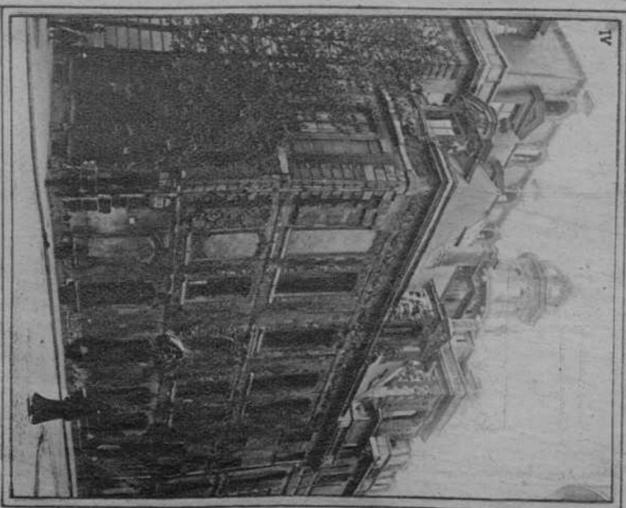
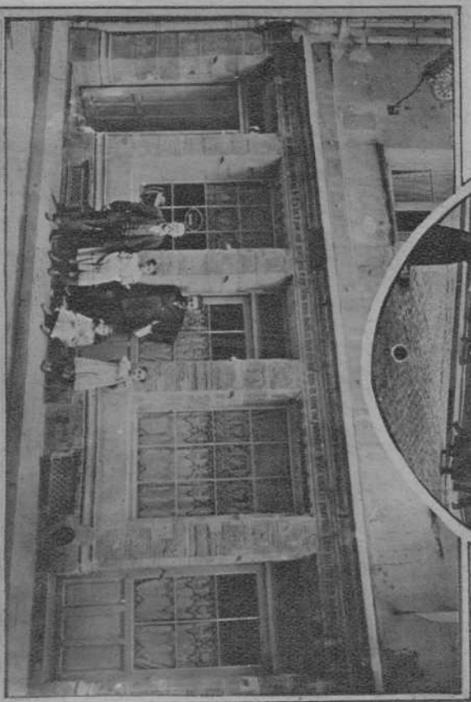
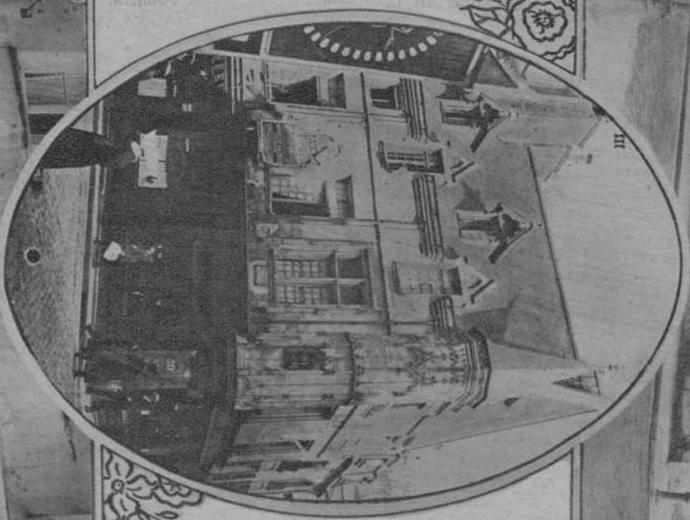
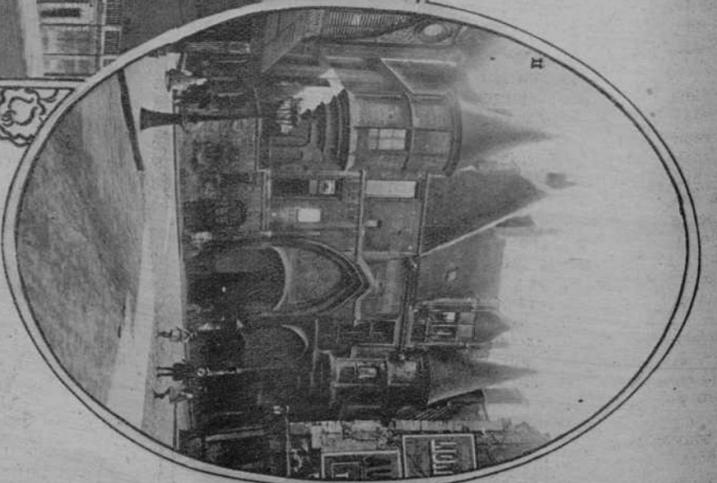
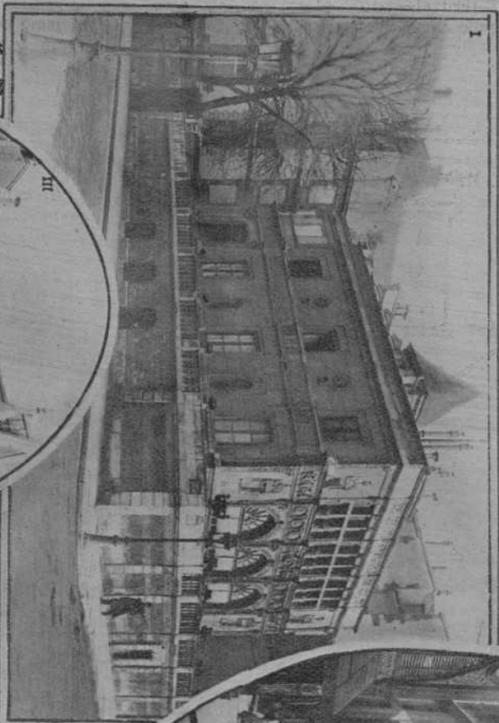


*Las viejas fuentes alemanas
 nos hacen en gracia de las
 más modernas silenciosas y
 egoístas, ingenuo, una "guy-
 chette" deliciosa que obli-
 ga a sonreír.*



- I. Fuente del Duque Ulich
- II. Fuente gótica, con curiosas esculturas.
- III. Fuente en la plaza del Mercado (Leonsberg)
- IV. Fuente de estilo barroco con reminiscencias italianas.

*Paris, a pesar de la furia de los
 creadores de perspectivas, a pe-
 sar de la amercianización de los
 bulevares, conserva aún algu-
 nas muestras de exquisita ar-
 quitectura medieval, renacen-
 tista y neoclásica.*



- I. Casa de Francisco I en Cours la Reine
- II. Hotel de Lereux en la calle del Hotel de Ville
- III. Casa gótica en la calle vieja del Templo
- IV. Hotel Massillon, bello ejemplar de arquitectura del Renacimiento
- V. La casa más vieja de Paris. Data del 1407.

*Isas imágenes
medievales de
Cataluña
Virgen románica
del siglo XII propiedad
del Centre E. de C.*

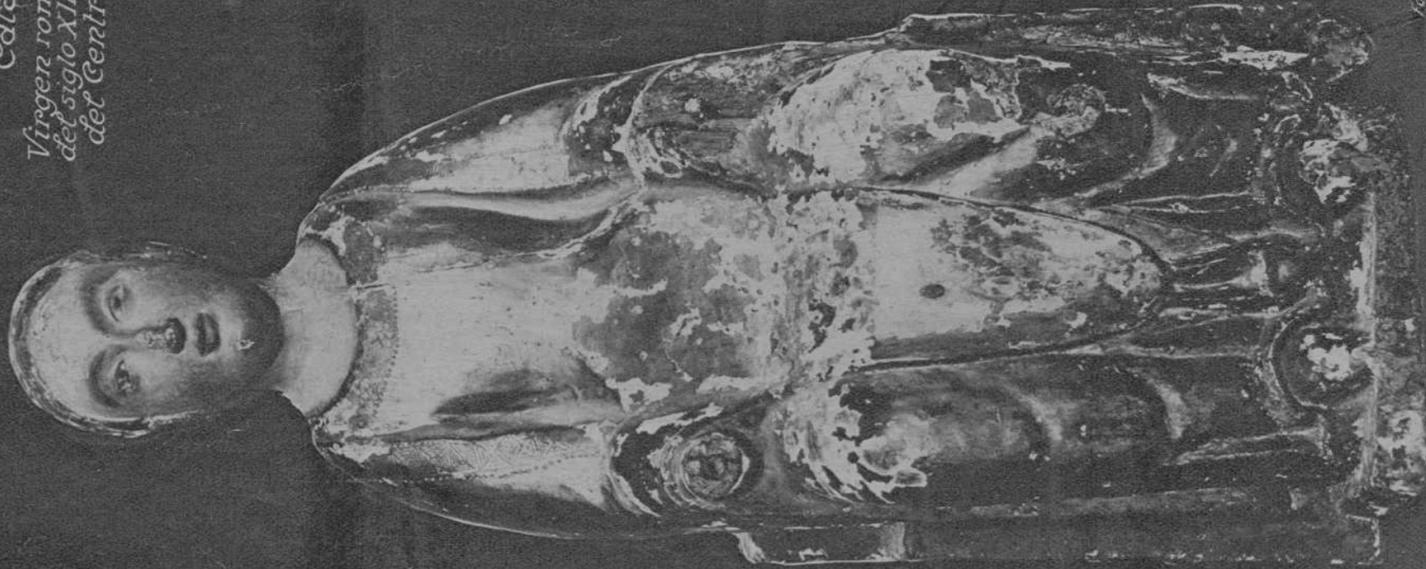
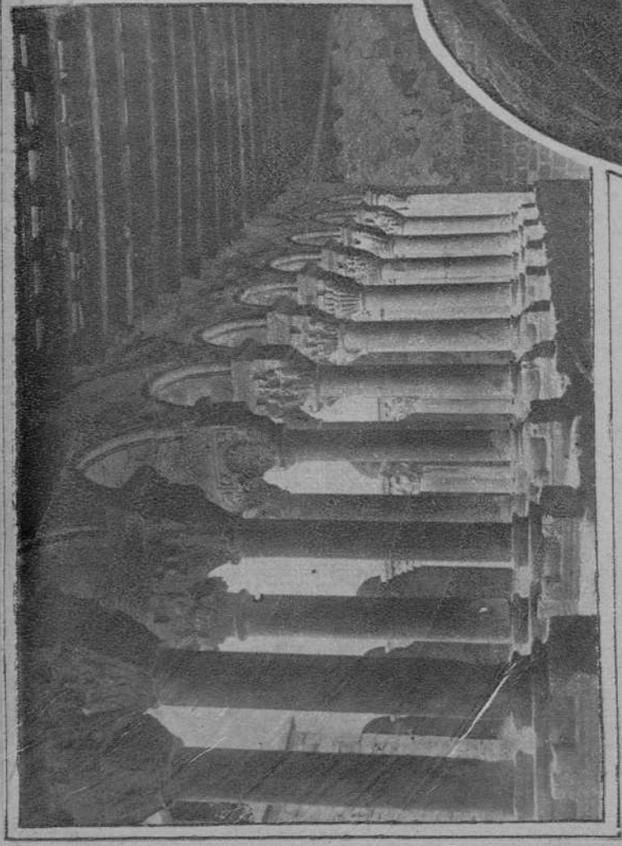
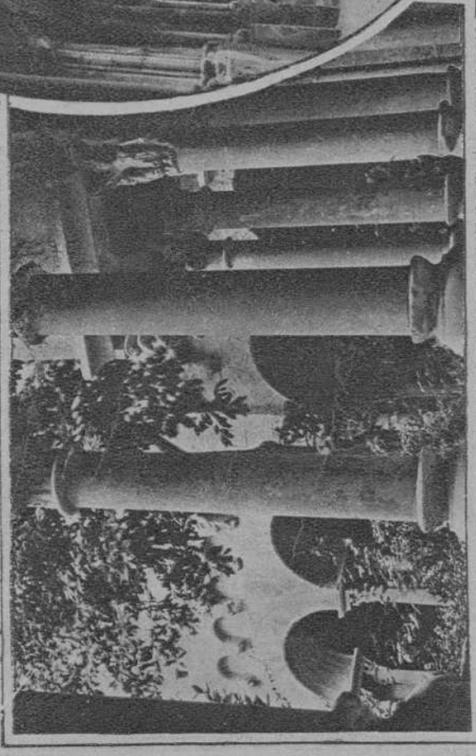
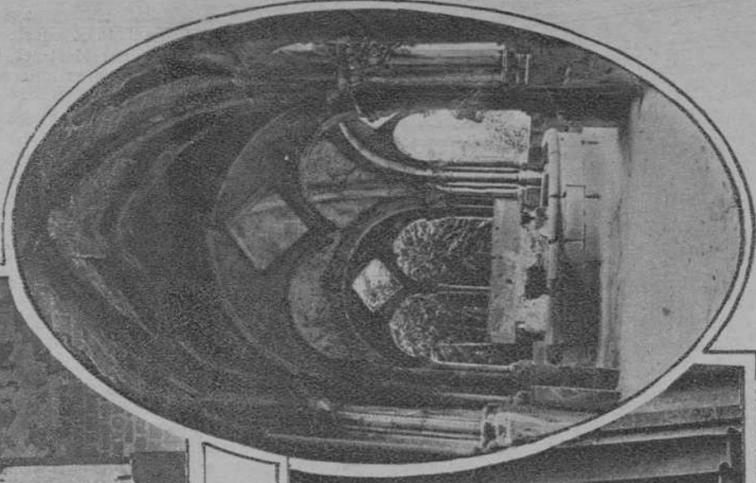


Foto Víctor Acahuza

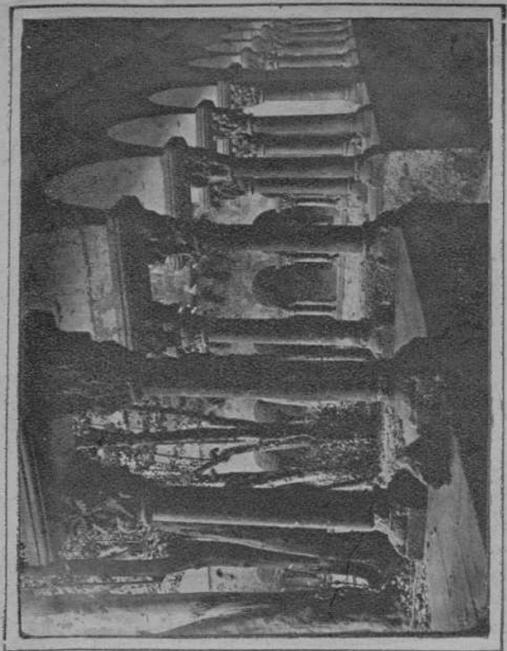


*I.- Claustros de Santa
Maria de l'Estany
(Barcelona)
II.- Claustros de San
Pedro de Galligans
(Gerona)
III.- Claustros de Po-
biel. (Tarragona)
IV.- Claustros de San
Cugat del Valles.
(Barcelona)*



*Los Claustros
románicos
en Cataluña*

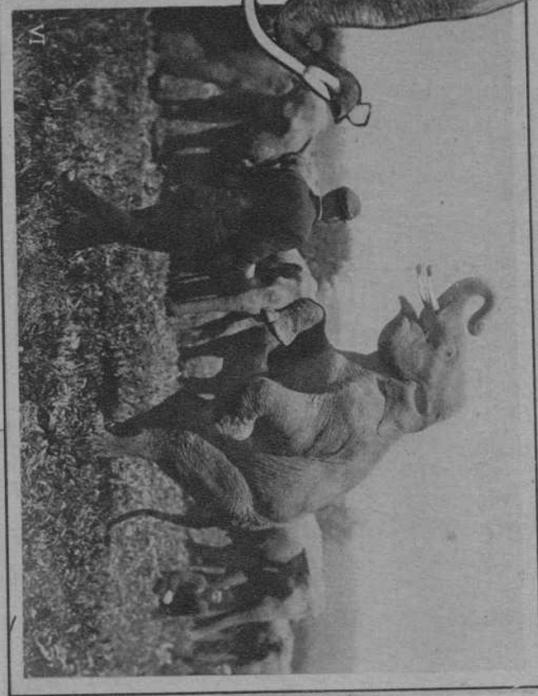
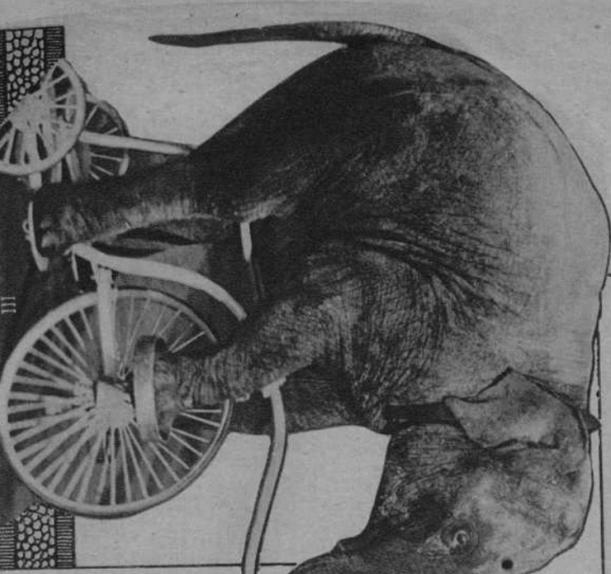
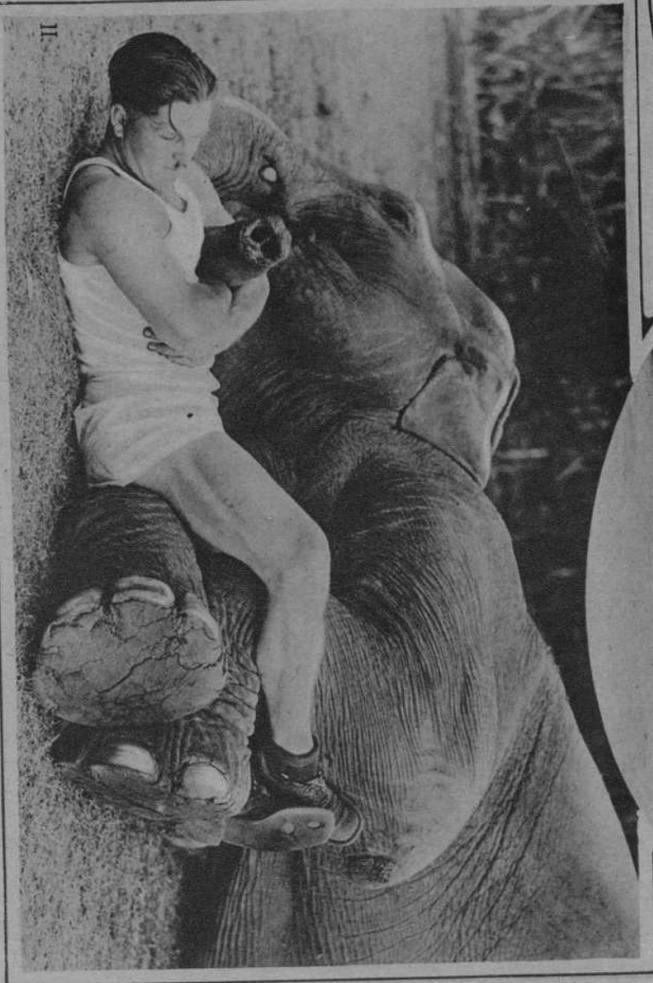
*Todos se parecen, pero
todos tienen su encan-
to peculiar. Sólo el tu-
rista apremiado deja de
sentirlo.*



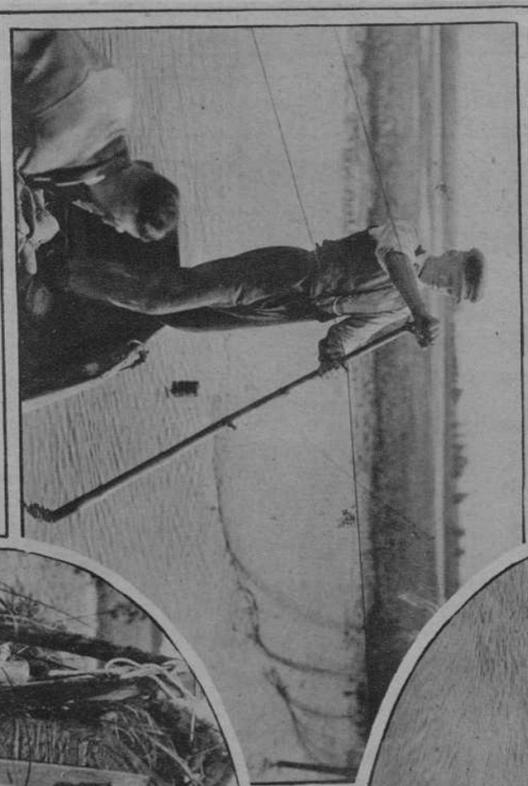
El elefante en la selva africana goza de una pesima reputacion. El indigena y el cazador de fieras lo consideran tan terrible como el bufo y el leon. En cambio, el elefante de la India llega con relativa facilidad a la mansedumbre y hasta al humorismo a grobatico o musical



- I. *El elefante místico de predillas y con el abito recogido, ¿quien nos asegura que no piensa en el Mas Alla?*
- II. *Un simulacro de la diosa griega romana que no deja de entretener sus peligros.*
- III. *El elefante catista, emulo de Boticchia.*
- IV. *Un domador obliquo a ensayar un paso de baile a un elefante joven.*



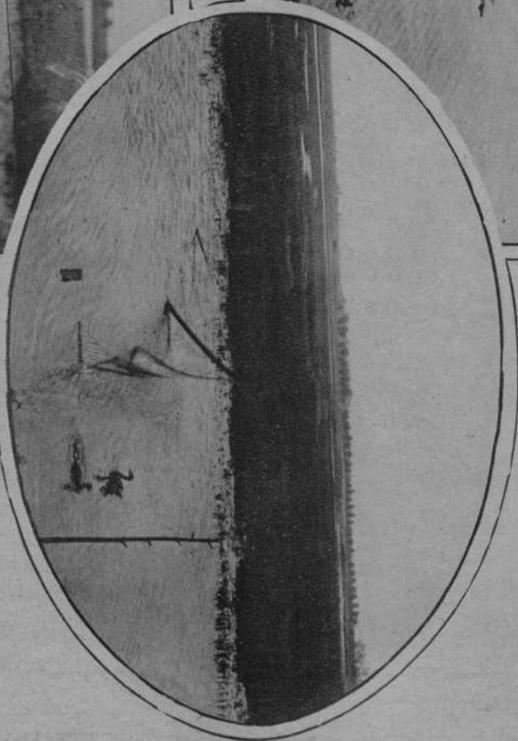
La suelta del pecuano



El tendido de las redes



El pato silvestre
Una partida de caza que tiene el aspecto y la humedad de una partida de pesca



Comparece un ircauto



El escondrijo de los cazadores



Ya cayó en la red!

La novela del domingo

DON JUAN EN EL CABARET

Novela corta, por ANGEL MARSA

I

Ernestina

Aquella madrugada Ernestina se sentía mal. Toda la noche estuvo triste. El charleston no la tentó siquiera. La algarabía del cabaret, que para ella era siempre como una especie de embriaguez, le daba jaqueca. Hasta un «shimmy» sentimental la hizo verter algunas lágrimas.

Sus amigos de cada noche—Luisito Hinojosa, Julito Manzanares, el excelentísimo señor Martínez Pérez del Corral—aquellos amigos que le decían palabras de amor o de vileza, al mismo tiempo que le pagaban unos emparedados o un muslo de pollo asado y unas copas de champán, se sorprendieron de aquella tristeza insólita.

—¿Qué tienes esta noche, Ernestina?

—Estoy triste. Tengo nervios. La cabeza me arde, no sé lo que me pasa...

Ella sí sabía lo que la pasaba. Otras veces se encontró igual. Con alguna frecuencia experimentaba aquella especie de decaimientos morales que le hacían sencilla y humilde, que le afinaban el rostro—aquel rostro suyo maquillado, como de porcelana—dándole un tono místico de tragedia callada, de mudo sufrimiento desgarrador.

En torno suyo seguía la ruidosa alegría de cada noche. Tantas luces, y de tantos colores, hacían de aquel sótano galante, un rincón fantástico, mitad infierno un poco pueril, mitad taberna de cuarto acto de melodrama.

Los «ziganes» desarticulados y vociferadores hacían música negra. Las parejas bailaban con una grave seriedad como cumpliendo los mandatos de un rito insospechado.

En torno a las mesas, rutilantes de bebidas multicolores, los habituales al cabaret trataban de divertirse. Divertirse en el cabaret es chillar, graznar, ladrar, rebuznar. Es, también, emborracharse, romper copas y botellas y andar por entre las mesas a cuatro patas. Si se insulta a las tanguistas y se acaba a pufetazos y a silbatazos entonces puede decirse que se ha llegado al colmo de la diversión.

Todo eso se hace en el cabaret, y se hace entre risas, entre besos de vermillion y vales lentos, entre tangos y taponeos de champán, entre voces guturales y gestos lascivos, entre «mon cher» y «mon amour» y «mon petit garçon», y golpes de sarten y bocanazos en el «jazz».

Ernestina, que generalmente era feliz en aquella especie de taller central de la juerga, ahora se sentía aquejada. Y es que Ernestina, aquella noche, estaba triste.

Recordaba muchas cosas pasadas, pensaba en ellas, y pensaba también, en el porvenir.

Se acercaron a su mesa Luisito Hinojosa y Julito Manzanares.

—Estás muy aburrída, chica,—le dijo Julito.—¿Quieres venir con nosotros?

No, ella no pensaba irse con aquellos idiotas. Pero por galantería—no era ella, antes que nada, una mujer galante?—les preguntó:

—¿Dónde vais?

—A seguir la juerga. Tenemos un plan fantástico. A beber manzanilla en casa de Manolo el Lechuzo y luego al cementerio, a ver la salida del sol...

Ernestina les convenció como pudo de que no contasen con ella. No estaba en plan aquella noche. Quería irse a casa en seguida.

El cementerio! Recordó de pronto. Aquella noche era la noche de Animas, la noche de Todos los Santos. Y aquellos brutos irían a profanar la paz del cementerio con sus risas cínicas y sus borracheras grotescas.

El cementerio! Allí en un rincón humilde y escondido, estaba enterrada su madre, la pobre madre muerta, tan lejana ya, tan lejana...

Se veía pequeña, vestida con un traje de tela barata, en un hogar miserable y sordido, con sus padres siempre malhumorados y sombríos. El pi-

so, perdido en un callejón estrecho y húmedo del suburbio obrero, era frío, destalado, pero la presencia de su madre le infundía una cálida vitalidad. ¡Qué lejano estaba todo aquello!

La madre había muerto. El padre, viudo, sin el freno de una mujer en el hogar, empezó a emborracharse, y acabó por huir de la casa con otra mujer. Ernestina, sola, espantosamente sola en el torbellino de la gran urbe cómo tenía que acabar, sino así? La capital, como un monstruo, la engullió, fingiéndole lujos y placeres donde no había más que humillaciones y miseria.

¡Todos los Santos! Era la noche de Animas y recordaba a su pobre madre muerta, que yacía bajo tierra en un rincón olvidado del cementerio... Ahora comprendía su tristeza de aquella noche, su extraña inquietud, su punzante desazón.

El cabaret iba quedando desierto. Todavía cuatro o cinco héroes hacían los últimos esfuerzos para divertirse. Los «ziganes» preparaban la huida. Ernestina sintióse como nunca sola, abandonada, desolada, en aquel ambiente tibio y radiante, de falso confort, de lujo teatral.

Luisito y Julito ya se habían marchado. Salieron del brazo de dos muchachas delgadas y rubias. El excelentísimo señor Martínez, con su bigote como de senador vitalicio, sus brillantes insolentes y su barriga de ganadero, flirteaba con una francesa de Marsella.

Un nuevo personaje hizo irrupción en el cabaret solitario. Era un hombre alto, enjuto, con una barbita rubia de romántico caballero de leyenda. Vestía impecablemente de frac. La amplia capa francesa dejaba ver un trozo blanco de pechera, con una perla en el centro.

Ernestina le miró. El desconocido correspondió largamente a su mirada. A los pocos minutos salían juntos, del brazo, como después de haber sellado un pacto.

II

La vida alegre

El aire frío de la madrugada les hizo temblar imperceptiblemente. Ella se levantó el cuello del abrigo de «pitt-gris».

Callaban. Un peso abrumador parecía cernerse sobre sus cabezas. Era la vida alegre que aquella noche no les sentaba bien.

Tomaron un taxi. Camino del cementerio fueron iluminándose los primeros lloviznos espectrales del amanecer. El sol, balbuciente, iba dorando el paisaje, que adoptaba un tono decorativo de segundo acto de ópera.

Ernestina, recostada la cabeza sobre el hombro de su compañero, los ojos entornados, pensaba en la madre muerta. El, fumando febrilmente un cigarrillo «gigocia», acaso no pensaba en nada.

Como un comentario, que no esperase contestación, él dijo con voz opaca:

—¡Qué triste es la vida alegre!

Ernestina asintió con la cabeza. Sí. La vida alegre, era realmente muy triste.

Llegaron al cementerio. En aquel rincón que tenía una rumorosa paz de égloga, lleno de verdor y de mármoles que brillaban al sol, nada parecía hablar de la muerte.

Pero ellos, Ernestina y el desconocido, no llegaron a compenetrarse con aquella radiante alegría de la naturaleza. Estaban enfermos de artificio, envenenados de noche y de luz de arco voltaico.

Sobre la tumba de la madre de Ernestina—un montoncito de tierra y una cruz de palo—cayeron unas flores. Después, poco a poco, perezosamente, iniciaron el camino del retorno.

Cruzáronse con grupos de obreros madrugadores y alegres, que iban, riendo y comiendo unos mendrugos, hacia el trabajo embrutecedor, de cada día. Y ellos, gente alegre, que de la alegría habían hecho su medio de vida, sintieron un poco de envidia ante

la inconsciencia optimista de aquellos hombres azules.

Es que para los profesionales de la vida alegre, la alegría es siempre como una especie de tristeza al revés.

III

El desconocido

Aquel día Ernestina y el desconocido se quisieron como dos recién casados. A su manera, tal vez lo eran.

Ernestina fué pura a los brazos del desconocido. Su huida sentimental hacia los años lejanos de su niñez en la visita de difuntos a la madre muerta la purificó de toda anterior contaminación.

El desconocido tampoco era el hombre frívolo, entregado a todos los placeres y a todos los vicios, que sin duda había sido hasta entonces.

Ernestina nada sabía de su nuevo amigo. Al entrar en el cabaret le pareció que le conocía de toda la vida. Hasta le llamó y no cómo a veces acostumbra a llamar a otros hombres, sino por un nombre, tal vez por su mismo nombre, que después no pudo ya recordar.

Ahora, celebradas las nupcias tristes del primer día, ella quiso saber algo de aquel desconocido, que indudablemente conocía de mucho antes.

—Dime, ¿quién eres?

—¿Y para qué quieres saberlo, pequeña. ¿No es preferible que me conozcas así, sin conocerme?

Ella lo miró con los ojos desorbitados, como se mira a un loco.

—Dime al menos cuál es tu nombre. Para llamarte de algún modo. Supongo que no querrás que te llame el desconocido...

—¿Y por qué no? ¡El Desconocido! Hasta es bonito el nombre...

—¡El Desconocido! Es que así me da la impresión de que no te tengo por completo, de que no eres mío eternamente...

—¿Y por qué me quieres tuyo eternamente? ¿Por qué este afán exclusivo del amor? Si supieses quién soy, tal vez te arrepentirías de haberme dicho eso.

Calló. Sus ojos acostumbrados a todas las melancolías, tuvieron un destello de odio.

—¡Ah, si yo te dijese quién soy! ¡Cómo te reírías de mí! No; es preferible que no me conozcas, y aun así me conoces demasiado...

Y vestido ya de nuevo con sus ropas estrictas, la capa francesa languideciendo en un vuelo airoso, se despidió de Ernestina.

—Por la noche iré a buscarte al cabaret. La vida hay que vivirla así, sin tratar de interrogarla demasiado...

Quiso sonreír, pero sus labios, crispados en un rictus de tristeza infinita, le hicieron traición. La alegría profesional seguía siendo una especie de tristeza al revés.

IV

El autor habla con el Desconocido

Mediaba la madrugada. El primer gallo urbano inició su canto de progenero del nuevo sol. El Autor, fuertemente interesado por la vida de sus personajes, había ido al cabaret aquella noche.

El Autor quiere a las criaturas de su ficción como si fuesen hijos suyos de carne y hueso. Los quiere con ternura de madre. Es por eso que casi siempre ríe con ellos, y con ellos llora, y con ellos sufre y goza.

Ahora el Autor en el cabaret, buscaba a sus hijos. Allí, en aquel rincón, sola en una mesita, estaba Ernestina. Cerca del mostrador de bebidas, donde un «barman» impecablemente vestido de blanco, con la gravedad de un sacerdote de la religión báquica, hacía «cocktails» complicados y multicolores, se veía al excelentísimo señor Martínez que hablaba de amor con una rusa que la revolución roja había hecho saltar de Moscov, donde según decía ella era princesa, a los cabarets occidentales de tercer orden.

En otra mesa, junto a los «ziganes», Luisito y Julito, bebían champán con cocaína, la última fantasía impuesta por el buen tono a los «snobs» de ocasión.

Después el Autor vió mucha más gente, la misma gente de todos los cabarets. Gente vulgar, gris, inanimada: unos soldados de cuota, un concejal, tres o cuatro viajeros, un diplomático suramericano, una peña de escritores «perversos», un actor. Y mujeres, muchas mujeres, rubias, morenas, altas, bajas, delgadas, gruesas, guapas, feas, francesas, inglesas, italianas...

De pronto, como en un final de acto de una ópera vienesa—música de vals lento—el Desconocido hizo su entrada en el cabaret.

Una sonrisa, un poco triste, un po-

co irónica, había cristalizado en sus labios finos y temblorosos. Sus sienes tenían ya el comentario melancólico de unas canas prematuras.

Su entrada en el sótano galante, fué un acontecimiento. Todo el mundo trató de reconocer al Desconocido, porque todo el mundo le tenía fijo y latente en la memoria.

Pero no. No era un habitual de la vida galante. No le conocían. Y cuando llegaron a esta certeza, todas las miradas fueron de nuevo indiferentes y frías.

El Autor, sin embargo, no quiso abandonar la observación del Desconocido. Le recordaba perfectamente. No era en su novela donde le había visto por primera vez. ¿Dónde le conoció antes? ¿Tal vez en el Congreso o en una plaza de toros? ¿En el teatro o en la Universidad?

El Autor estaba convencido de que aquella criatura de su ficción no era hija suya. Lo había visto muchas veces antes de encontrárselo en su novela. ¿Quién era, pues?

De pronto... Fué como una revelación extraña, inexplicable. Sí. No cabía la menor duda. ¡Era él!

Mientras, el Desconocido encendía un cigarrillo turco y buscaba algo con su mirada febril. Indiferente, sonreía al espectáculo galante tan horro de galantería. Por fin, con paso cansado, se dirigió hacia la mesa donde desfallecía Ernestina.

El Autor le cerró el paso:

—Antes quiero que hablemos, querido don...

—¡Calla! No pronuncies mi nombre. Aquí nadie me conoce. Aquí no puedo ser un Luisito Hinojosa, un Julito Manzanares o un excelentísimo señor Martínez cualquiera.

—Serás...

—¡Ya ves, querido Autor! Mi vivir aventurero ha acabado en eso. ¡Ya ves! Sólo sirvo para distraer honestamente a las familias media docena de noches al año...

—Pero... ¿y aquella ropa pintoresca y gallarda de antaño? ¿Y aquel chambergo empenachado y aquella espada infatigable, y aquella capa encendida y airosa? ¿Y tu fanfarrona arrogancia? ¿Y tu espíritu aventurero y conquistador?

—¡Calla! Me das miedo. Eres loco o malvado. ¿Quién se acuerda de estas cosas? Fué lo que fué. Ahora soy tan sólo un pobre «jongleur», un pobre diablo que en llegando a la fiesta de los muertos sale de su escondite con propósitos de diversión honesta, de distracción familiar.

—¡Pobre don...!

—¡Calla! ¿Crees hija de la casualidad esta periódica aparición mía? ¡No, querido amigo, no! Si hago mi aparición por estos días conmemorativos de los difuntos, es porque yo mismo soy un difunto que aliento por una extraña maldición. En estos tiempos, en pleno triunfo del auto, del «shimmy», de los «cocktails», de las mujeres con el pelo a lo «argones», yo debía gozar del descanso eterno. Mi reinado no es de esta época. Ahora sólo puedo hacer el ridículo. Y a pesar de todo, ya me ves. Aquí estoy, haciéndole el amor a una infeliz tanguista, corriendo el grave riesgo de que venga el excelentísimo señor Martínez, gordo, herpético y cargado de dinero como está, y me la quite. ¡Qué quieres, querido Autor! La gente me reclama, y es justo darle gusto a la gente, trasladándola por unas horas a la ilusión química de mi tiempo, cuando aún era posible engañarse con la bella mentira del amor...

Calló el Desconocido. Después, quedamente:

—Mi vivir de aventura, ha tenido este lamentable final: los infimos escenarios donde gesticula y vocifera la truculencia melodramática.

En sus ojos brillaban dos lágrimas que pugnaban por salir. El Autor, emocionado, murmuró:

—¡Pobre don Juan!

Al oírse nombrado, el Desconocido, se irguió con gesto teatral.

—¿Qué has hecho? ¿No ves que todas las tanguistas son capaces de pedirme que les reserve un baile si llegan a descubrir quien soy?

Ernestina, que se había acercado al grupo, al ver que su amante hablaba con su Autor en amigable convivencia, se puso intensamente pálida bajo el colorote que arrebolaba sus mejillas.

—¡Así, tú eres...?

—¡Sí, Ernestina, sí! Yo soy...

Se abrazaron estrechamente.

El Autor, viendo que su novela iba por buen camino, les dejó para que siguiesen viviendo como en la vida real.

V

Afortunado en el juego.

—Eres tú y me quieres! ¡Eres tú el hombre de amor, el amante ideal de todas las mujeres, siempre un poco esclavas tuyas a través de los siglos!

Ernestina, entregada y rendida a don Juan por proyección de su leyenda tremante de pasión, creía estar soñando. ¿Era posible que la quisiera realmente aquel hombre-símbolo?

—Eres tú, tú—iba repitiendo mientras lo acariciaba como a un niño.

—No, Ernestina, no soy exactamente el que tú crees. No soy «yo». Yo he muerto hace mucho tiempo. Ahora soy la sombra del «otro», del que tú crees que soy...

Y don Juan contó a Ernestina toda la desdicha de su descentramiento, de su irrealdad en el ambiente y en la época.

Ella, sin entender exactamente lo que le decía su amante, replicó:

—No te creo. Tú serás siempre el mismo. ¿Cuántas amantes tienes ahora? ¡Dímelo! Y júrame que las dejarás todas, que sólo me querrás a mí...

Don Juan sonrió con aquella sonrisa suya de rey en el destierro.

—¡Si yo te dijese el tiempo que hace que no tengo ninguna amante! ¡Tal vez no me creerías tampoco. Pero te juro, Ernestina, que las mujeres ya no me quieren como antaño, hace mucho tiempo que ya no me quieren. Ahora quieren idiotas, bailarines y deportistas, como Luisito Hinojosa y Julito Manzanares, o bresos grotescos como el excelentísimo señor Martínez. Estos son los don Juanes de hoy...

Su propia ironía le hacía daño. Se le clavaba en el corazón, como si partiese de un enemigo despiadado. Y es que él era un poco enemigo de sí mismo.

—Prosiguió:

—Escucha, Ernestina: no preferirías que yo fuese un gran equipier de fútbol o un campeón de boxeo o el rey del «chaleston»? ¿Verdad que sí? Aunque tú no me lo digas, sabes que eso es cierto ¿verdad?

Ernestina callaba. Aquel tono amargo de las palabras de su amante, no llegaba a comprenderlo bien, pero sospechaba todo su gran fondo de tragedia.

—Así tú—se atrevió a decir por fin—¿ya no eres el don Juan de la leyenda?

—No, Ernestina, no, y debes alegrarte de que no lo sea, porque así me tendrás tuyo por completo. ¿Qué otra mujer podría decir lo mismo? ¡Acaparar la potencia amorosa de don Juan!

Comprendió que Ernestina no creía sus palabras. Quiso apoyarlas con un hecho irrefutable:

—Para que veas que no te engaño—fué diciendo lentamente—haremos una prueba decisiva. Tú sabes que el hombre afortunado en juegos es desgraciado en amores. ¿Podrás imaginarte nunca que el don Juan de la leyenda, no yo, sino el don Juan que tú conoces, el del chambergo fanfarrón y la espada infatigable, el enamorado irresistible, ganase en todas las partidas de dados de los meses de su camino? ¿Verdad que no? Pues vamos, aquí al lado, está la sala de la ruleta. Verás a don Juan jugar, y ganar.

VI

Fantasma

Parecía que la bolita de marfil siguiese sus posturas. ¿Cuánto había ganado? Cantidades incalculables de fichas de todas clases se amontonaban frente a don Juan. Ernestina, no tan vencida por el convencimiento de la anulación amorosa de don Juan como por la sugestión de aquella suerte insospechada, seguía febrilmente las jugadas de su amante retrospectivo.

Después, entristecida de repente ante aquella suerte que era su desgracia, ya que le arrebataba la ilusión de su gran aventura pasional, vertió unas lágrimas mezcladas con el «khó» que embellecía sus ojos.

Don Juan comprendió que con la prueba acaba de perder a Ernestina. La cogió del brazo y, dejando en la mesa de juego aquella fortuna que no quería para nada, salió con ella a la noche, como un fantasma ansioso de reintegrarse a sus dominios de sombras.

VII

El excelentísimo señor Martínez. El excelentísimo señor don Juan Martínez Pérez del Corral, senador vitalicio y millonario, enciclopedia con los negocios turbios de la guerra, era un partidario decidido del cabaret. Barrigón y apoplético, con una nariz reluciente y encendida una nariz

que parecía una bombilla eléctrica, vivía feliz en el ambiente amable de los «dancings».

Para el excelentísimo señor Martínez, en el mundo no había más que los negocios y las mujeres. Hombre a la moderna, como colaborador eficaz en sus dos ocupaciones capitales tenía el automóvil. Para el excelentísimo señor Martínez, Mr. Ford era como una especie de divinidad en su doble aspecto de fomentador del automóvil y de multimillonario improvisado.

En los negocios, el excelentísimo señor Martínez utilizaba la colaboración eficaz de los autocamiones. Con las mujeres, tenía el aliado decisivo de los 40 H.P., «limousine» seis cilindros.

Los motores de explosión gozan en nuestra época de una gran influencia, especialmente en las cuestiones de amor. Antes, en estas cuestiones, no se conocía otro motor de explosión que el corazón enamorado.

Por eso el excelentísimo señor don Juan Martínez Pérez del Corral, que tenía un libro de cheques en la cartera y varios automóviles en su garage, jamás había pretendido a una mujer sin conseguirla.

Y a la ruleta, perdía siempre.

VIII

El Autor habla con el excelentísimo señor Martínez

El Autor, que quería a toda costa saber algo de la aventura de Ernestina y don Juan, volvió aquella noche al cabaret.

Al entrar fué llamado a grandes voces por el excelentísimo señor Martínez:

—¡Síntese, querido Autor! Tome un «whisky». Tenemos que hablar.

—Ya sabe, querido amigo, que estoy siempre a sus órdenes. Para eso soy, Autor.

Ante los vasos de «whisky» el excelentísimo señor Martínez dijo:

—Señor mío, usted se ha propuesto que Ernestina y don Juan se quieran, y eso no puede ser, porque a Ernestina la quiero yo. ¿Ha comprendido? ¡La quiero yo!

—Bien, hombre, bien. No tome esta cuestión tan a pecho. Después de todo, aquí no es más que un personaje que yo he inventado...

—¿Qué dice? ¿Yo un personaje que usted ha inventado?

—Eso es. Y por lo tanto, tiene que hacer lo que yo quiera. Y si se insolenta conmigo... ¡Le mataré!

—¡Desdichado! ¿Es que me cree realmente una ficción suya? Está usted en un error, señor mío. El excelentísimo señor don Juan Martínez Pérez del Corral, servidor de usted, es de carne y hueso, está vivo, con voluntad propia y una posición social envidiable, y usted querido Autor, ya no le puede obligar a nada.

Y el excelentísimo señor Martínez se echó a reír estrepitosamente.

—Sí, señor mío, sí—siguió diciendo—. Tengo vida propia, independiente, desligada en absoluto de su novela, y de ahora en adelante haré lo que me dé la gana. En su novela, a partir de este momento, pasará lo que yo quiera. Ya ve usted: un personaje que se le rebela, que se le pone en frente! Es grotesco ¿verdad? Sin embargo, es así. Por eso tengo dinero, para hacer siempre mi santa voluntad. Para eso soy rico.

—¡Excelentísimo señor Martínez, no me obligue a tomar una resolución «vtema! Me es muy fácil como Autor que soy, hacer que un auto le atropelle a la salidad del cabaret, y ya ve: de su pobre humanidad ficticia, no quedaría nada, nada...

—¡Inténtelo! Si tiene valor inténtelo! ¿No ve que sin mí, su novela perdería todo el interés? No ve que yo soy ahora el único don Juan posible? ¿Cómo acabaría su novela si usted me matase? Ya ve pues, señor mío, que no me dan miedo sus bravatas. No me matará, porque entre los dos hay el nexo de muchos intereses creados, que nos atan el uno al otro irremisiblemente. Adem's...

El excelentísimo señor Martínez adoptó un gesto petulante, abombando mucho el abdomen y haciendo resucitar los brillantes de sus dedos. Luego, con suficiencia, acabó la frase:

—...icon dinero, todo se arregla! —¡Basta! No le tolero insolencias ni bravuconadas. Cállese o no respondo de mí, aunque tenga que dejar sin terminar la novela.

—¡No callaré! Le he llamado para que me oiga, y me oirá, pase lo que pase. Es algo decisivo para mí.

Bebió de un sorbo medio vaso de «whisky». Luego, prosiguió:

—¡Señor mío! Usted se ha propuesto que Ernestina y don Juan se quieran, y eso no puede ser, porque a Ernestina la quiero yo, ¿comprende? ¡La quiero yo!

—Bien. Sin embargo, ella no le quiere a usted no le podrá querer nunca. —Ya lo sé. Pero vendrá a mí por el dinero.

—Usted es viejo y grotesco; ella, joven y bonita...

—Ya lo sé. Pero soy rico. —A Ernestina le dará asco. No se le entregará nunca...

—Ya lo sé. Por eso pienso comprarla a peso de oro.

—¡Ni así la hará suya! Ella quiere a don Juan.

—¿Qué dice? ¡Fobre don Juan y pobre de usted! Don Juan pierde el tiempo conmigo. Tengo dinero, tengo autos, joyas, ropas fastuosas... Lo tengo todo para ser yo el don Juan aquí...

Dicho esto, se levantó dando un puñetazo en la mesa y se fué, muy convencido. El Autor, también, porque conoce a las mujeres.

IX

Ella y él

Hacia tres días que se conocían y parecía que se amasen de toda la vida.

Ernestina, adivinaba el valor que tenía para ella, para su cartel de mujer galante, eso de ser la amante postera de don Juan.

Era él pasional, el amoroso absoluto que desengañado como estaba del amor, aún había caído en el cepo de su espléndida feminidad. Eso, a ella, la halagaba profundamente.

¿Quería a don Juan? No podría preciarlo. ¡Era tan distinto a los demás hombres, a cuantos hombres había tratado! Ella no había visto nunca de cerca al amor. Todo, en su vida de mujer fácil—con esa difícil facilidad de las mujeres fáciles—se había reducido hasta entonces a un simulacro sexual. Por eso ahora, ante una posibilidad amorosa que podía ser auténtica, legítima, única, se hallaba desconcertada.

En cambio, don Juan, había sentido ante su última aventura galante como una resurrección. Estaba enamorado de Ernestina.

Hasta entonces, don Juan, había fingido siempre sus enamoramientos. La vida amorosa de don Juan, se había producido constantemente por reflejo. Mentía su querer, y eran «ellas» las que le querían a él.

Ahora, no. Ahora el amor de don Juan, era puro, sincero.

En cambio el de Ernestina, era ficticio, a flor de piel. Era un amor mezcla de deseo, de vanidad y de vicio. Era el amor de «una» don Juan.

X

El fracaso

Fué en la «chambre meuble» de Ernestina.

El ambiente tibio y sensual de la habitación estaba sabiamente logrado. Perfumes penetrantes: olor a carne joven, a «Coty», a esencias exóticas y costosas.

Una luz de tonalidades rojizas, sangrientas, turbias. En un rincón, un gran espejo, reflejo mudo y fiel de todas las locuras de la carne encendida, brillaba entre terciopelos severos.

Una otomana. Muchos almohadones. Ernestina, en pijama, fumando desfilada un cigarrillo aromático. A sus pies, don Juan.

—Si yo te dijese, Ernestina, que ahora, a los tres días de conocerte, ya te quiero como no he querido nunca a ninguna mujer ¿lo creerías?

—No. Todos los hombres decís lo mismo. Todos los hombres sois iguales.

—Yo no, Ernestina. Yo no soy como los demás hombres. Bien lo sabes tú. Y no lo soy, por que mi historia no deja que lo sea...

—¡Bah! ¡Tú me has dicho que ya no eres el don Juan de otros tiempos!

—No lo soy, en efecto, y por eso te quiero, por eso me enamoré de ti...

Calló, acaso emocionado por sus propias palabras. Ernestina le miró fijamente, como se mira a un loco o a un niño. Después, sonrió:

—¿Ahora te has vuelto sentimental?

Don Juan humilló su cabeza y enrojeció levemente.

—Un sentimental que gana a la ruleta—añadió irónicamente Ernestina—no es muy digno de compasión...

Se produjo un silencio. Ernestina se aburría y, lentamente fué desnudándose.

El traje de seda negra, quedó abullonado a sus pies como una serpiente monstruosa y vencida. Ella parecía emerger de las entrañas abiertas del monstruo, radiante y soberbia como una Venus un «deshabillé» de Pakín.

Las piernas, firmes y perfectas, tenían enfundadas en unas medias de seda color perla, destellos de acero.

Don Juan, sentado en un butacón forrado de seda azul con flores de oro, fumaba nerviosamente un «Kedive».

—Ahora comprendo, Ernestina—dijo a media voz—que yo empecé a amarte al querer a la primera mujer que se cruzó en mi camino.

Como en una resurrección, Ernestina se ofrecía a la tersa superficie del espejo confidencial, que la reproducía con minuciosa sensualidad.

Don Juan adivinó que había llegado el momento de su conversión definitiva.

Jamás se había sentido tan purificado como ante la pura desnudez de la amante impura.

De rodillas, se acercó a Ernestina y, escondiendo el rostro en el regazo amable, lloró con un largo sollozo entrecortado.

Y ella—¿por qué no decirlo?—se sintió un poco defraudada ante aquella crisis sentimental de don Juan.

XI

El otro don Juan

Todos los Santos estaban lejos. El recuerdo de la madre muerta, que había de Ernestina una niña, que le infantilizaba el corazón, estaba más lejor aún.

Ahora volvía a ser la mujer galante de siempre. En el cabaret se divertía locamente. El «jazz-band» la hacía chillar como si le cosquillease las entrañas. Luisito y Julito la hacían reír y bailaba con ellos entre copa y copa de champán.

El excelentísimo señor Martínez la llamó a su mesa. Ella pidió más emparedados y más champán. Después, rió como una bacante ebria. Después, se dejó besar por el excelentísimo señor Martínez.

—¿Sigues siendo el amante de don Juan?—le preguntó.

—No. Hemos reñido. Yo aún no estoy convencida de que sea el don Juan auténtico.

—¿Qué ha de ser, mujer! ¡Este es un don Juan falsificado. ¿Qué puedes esperar de un don Juan que no tenga auto?

Ernestina miró a su amigo con admiración:

—¡Es verdad!

—¡Claro, mujer! Desengáñate; una muchacha como tú no debe usar «taxi». Una muchacha como tú—y la voz del excelentísimo señor Martínez adoptó una modulación confidencial—merece un auto de propiedad ¿Qué menos?

El excelentísimo señor Martínez, experto conocedor de las mujeres, calló después de haber lanzado la insinuación.

Ernestina tuvo para él una de sus más dulces sonrisas. Se levantó para bailar con Julito, que la llamaba con la mano. Los «tziganes» tocaban un tango milonga «que era una preciosidad».

Mientras las parejas daban vueltas cadenciosas y apretadas en el cuadro del dancing, el excelentísimo señor Martínez, trabó conversación con una muchacha que estaba sentada junto a una mesa cercana. Era rubia, delgada y melancólica. Una «girl» de voz pastosa y ojos azules.

—Desengáñese—le decía el excelentísimo señor Martínez—una mujer como usted que tenga unos picecitos breves como los suyos, merece ir siempre en auto. Pero no en «taxi», sino auto de propiedad.

Decididamente los 40 H. P., «limousine» seis cilindros, eran sus mejores aliados.

Ernestina, extinguidas las últimas notas del tango milonga «que era una preciosidad» se sentó de nuevo al lado del excelentísimo señor Martínez.

—¡Sígueme hablando de amor!—le dijo al oído.

Por lo visto, hablar de autos de propiedad, era para ella hablar de amor.

—Como te decía, Ernestina, este muchacho no te conviene. Es pobre y es sentimental. Dos defectos graves para el amor. Además, gana a la ruleta. ¡Qué cursilería! Yo pierdo cada noche cien mil pesetas.

Al oír aquella cantidad, Ernestina le abrazó.

—¿Qué te creías, pdes, que yo era como tú don Juan venido a menos?

Ahora el «jazz» tocaba un charleston infernal.

Ernestina, sin embargo, se negó a bailar con Luisito que la requería. Estaba muy interesada en aquel «flirt» apenas iniciado.

El excelentísimo señor Martínez siguió hablando:

—¿Te has convencido al fin de que el único don Juan aceptable, soy yo? Ella asintió con la cabeza.

—Conmigo, Ernestina, que soy el auténtico don Juan moderno, serás feliz, no con aquel infeliz de la capa francesa que vive tres siglos atrasado...

Ernestina calló. Pero, emocionada y convencida, besó la cabeza de su nuevo amigo, monda y reluciente como un melocotón descomunal.

XII

Do: Juan y el excelentísimo señor Martínez

Don Juan.—Yo la quiero, y es mía.

El excelentísimo señor Martínez.—Yo soy rico, y será mía.

Don Juan.—Yo tengo una historia amorosa irresistible, y todas las mujeres caen rendidas a mis pies.

El excelentísimo señor Martínez.—Yo tengo dinero, y todas las mujeres,

deslumbradas, caen por él en mis brazos.

Don Juan.—Yo soy joven, y las mujeres quieren hombres jóvenes.

El excelentísimo señor Martínez.—Yo soy rico, y las mujeres quieren hombres ricos.

Don Juan.—Tú eres gordo, herpético y grotesco.

El excelentísimo señor Martínez.—Tú eres charlatán, dominador y celoso.

Don Juan.—Tú no sabes querer a las mujeres como yo.

El excelentísimo señor Martínez.—Tú no sabes llenarlas de joyas como yo.

Don Juan.—Tú no sabes decirles palabras tiernas y dulces.

El excelentísimo señor Martínez.—Tú no puedes darles pieles, trajes de seda y autos.

Don Juan.—Tú no les puedes ofrecer la ilusión.

El excelentísimo señor Martínez.—Tú no les puedes ofrecer el lujo.

Don Juan.—Tu boca no es fresca como la mía, y da asco besarla.

El excelentísimo señor Martínez.—Tu cartera no está llena como la mía, y da pena verla.

Don Juan.—Las mujeres a tu lado no conocen el amor.

El excelentísimo señor Martínez.—Las mujeres a tu lado no conocen la vida.

Don Juan.—Ernestina será mía por mi voluntad.

El excelentísimo señor Martínez.—Ernestina será mía por mi dinero.

Don Juan.—Ella me quiere por mi aureola de conquistador irresistible.

El excelentísimo señor Martínez.—Ella me querrá por mi oro inagotable.

Don Juan.—Tu oro se acabará un día u otro.

El excelentísimo señor Martínez.—Tu leyenda se acabó hace ya tiempo.

Don Juan.—Yo soy eterno.

El excelentísimo señor Martínez.—Yo soy actual.

Don Juan.—Yo vivo en el corazón de todas las mujeres.

El excelentísimo señor Martínez.—Yo vivo en casa propia.

Don Juan.—Centenares de libros me han glorificado.

El excelentísimo señor Martínez.—Centenares de libros de cheques me glorifican.

Don Juan.—A mí, Ernestina, me recordará siempre.

El excelentísimo señor Martínez.—A mí, Ernestina, me besará siempre.

Don Juan.—Oye bien lo que te digo: si Ernestina me dejase por ti, se arrepentiría toda la vida.

El excelentísimo señor Martínez.—Oye bien lo que te digo: Ernestina te dejará por mí, aunque luego se arrepienta.

XIII

La cartera

Ya la chiquillería había roto de las esquinas los carteles que anunciaban la presencia de don Juan en todos los escenarios.

Se habían acabado hacía días las últimas representaciones melodramáticas del simbolismo amoroso de aquel hombre de amor.

Ernestina no volvió aver a don Juan, y se reintegró al cabaret, libre de toda complicación sentimental.

El excelentísimo señor Martínez, al verla entrar, la llamó a su mesa:

—¿Ya está?—preguntó él.

—¡Ya está!

El excelentísimo señor Martínez, radiante, se echó a reír estrepitosamente.

—Toma. Para ti.—le dijo mostrándole una abultada cartera llena de billetes que acaba de dejar en cima de la mesa.

Y añadió, con zafia ironía:

—¡Te entrego mi corazón!

Ernestina, cerrando los ojos, le besó en la boca. El contacto repugnante la hizo estremecer, mientras pensaba en don Juan. Pero el delicioso peso de la cartera, la volvió a la realidad.

Y ya con los ojos abiertos, muy abiertos, le besó en la boca una, dos, diez veces seguidas.

Ernestina, así, tremante de codicia, estaba más hermosa que nunca.

El 40 H. P., seis cilindros, hizo lo demás aquella noche.

XIV

El otro camino

Don Juan fué a despedirse de Ernestina cuando ya ella vivía en el piso que le había puesto el excelentísimo señor Martínez.

—Me voy para no verte más.

—Pero tú volverás el año próximo por este tiempo ¿verdad?

—Como todos los años. La gente me reclama. Pero te lo juro, procuraré no enamorarme. Los excelentísimos señores Martínez, ganan siempre.

Ernestina quedó un poco triste al despedirse de don Juan. Después de todo no era mal chico y resultaba bastante elegante, aunque un poco «demodé». ¡Si no hubiese sido tan sentimental!

Cuando fué a verla el excelentísimo señor Martínez, ella le dijo:

—Ha venido a despedirse don Juan.

—¿Y qué?

—¡Me ha dado mucha pena! ¡Cómo ha decaído este muchacho!

—Es cierto. A este paso acabará castrándose o una manógrafa.

Sonrió Ernestina. Estaba más hermosa que antes. De los dos caminos que le ofrecía el amor, ella se decidió por el «otro» camino. El «otro» camino es siempre el más productivo.

El excelentísimo señor Martínez le producía una repugnancia irresistible. Pero con él vivía bien, vestía bien, comía bien. Tenía dinero en abundancia, comodidades, lujo, «comfort». ¿Qué más podía desear?

Así razonaba el excelentísimo señor Martínez, y así lo comprendía ella.

Pronto, sin embargo, el tiempo se encargaría de demostrarle que el otro camino que no quiso seguir—no el «otro» que siguió, y que ahora ya era «este», sino el otro, el que había abandonado—era el camino de la felicidad.

XV

El camino equivocado

Pasó tiempo. Un año. Por las esquinas aparecieron nuevos carteles teatrales anunciando la periódica llegada de don Juan.

Ernestina no podía resistir más. El excelentísimo señor Martínez se le antojaba un monstruo con garras de oro y cuerpo abominable. Todo su dinero no podía quitarle la repugnancia de haber tenido que besarla tantas veces en la boca.

El «otro» camino, ahora lo veía claramente, era el camino equivocado.

Tal vez... Si, acaso fuese aún posible una huida hacia la aventura y la ilusión. Acaso don Juan iría a salvarla de las garras de aquella alimaña dorada.

Pero don Juan, prudente y escarmentado por la prueba desgraciada del año anterior, no quiso salir de los escenarios donde iba viviendo humildemente, y a lo más, tuvo unos ligeros «flirts» con las actrices de tercer orden.

Ernestina estaba condenada a permanecer toda su vida en aquel piso suntuoso y frío, y las ducas huidas sentimentales que podía intentar, tendría que hacerlas con el 40 H. P., «limousine» seis cilindros, de propiedad.

XVI

No volverá.

Ernestina ha vuelto al cabaret. Pero ahora ha vuelto a él triste, irremisiblemente triste.

El cabaret la abruma. La vida alegre la abruma también, como una obligación abrumadora.

Espera. Espera algo que no llega nunca. Espera que don Juan vuelva a buscarla.

Pero don Juan, «aquel» don Juan, no volverá más.

Irán, sí, a buscarla, otros excelentísimos señores Martínez, otros Julitos, otros Luisitos. El «otro» don Juan, el don Juan de la leyenda, pasó por su vida una sola vez.

Le rechazó, sin advertir que con él rechazaba la ilusión, y ahora...

XVII

El Autor recibe una carta

«Querido Autor: No sé si es usted o el excelentísimo señor Martínez, o yo misma, quien tiene la culpa de que me encuentre, al final de su novela, como me encuentro.

Lo cierto es que, sea de quien sea la culpa, yo equivoqué el camino y ahora estoy desengañada y asqueada de la vida.

Si pudiésemos vivir dos veces! Cuando el excelentísimo señor Martínez habló con usted y se le rebeló, diciendo que yo sería suya, usted debió matarlo. Así yo habría seguido con don Juan y no me encontraría ahora como me encuentro.

Usted dejó que la vida, en su novela, siguiese su curso normal, y naturalmente en la novela todo acaba como en la vida, es decir, de mala manera.

Cuando reciba esta carta, querido Autor, ya no existirá. Me mató. Una fuerte inyección de morfina arreglará lo que usted no ha sido capaz de arreglar. Pásele bien, y no culpe a nadie de mi muerte más que a usted mismo.

Por lo que se refiere al excelentísimo señor Martínez, mátele, créame usted. Hará un gran bien a la humanidad.

A Julito y a Luisito puede dejarlos que vivan ipobres animalitos inofensivos!

Y a don Juan no lo toque siquiera. No es usted quien lo ha creado, y no puede disponer de su vida. Es más fuerte que todos nosotros y hasta más que usted mismo. Déjelo. Vivirá muchos años todavía. Dará mucho que hacer. Aunque en esta época, fracasará siempre como fracasó conmigo.

Adiós. Le saluda afectuosamente y se despide de usted para siempre, su desgraciada

Ernestina